

Monsieur Larou abrió la ventana. Eran ya cerca de la nueve. Y la mañana, de zinc frío, trataba de desesperarse, mus-tia, soñolienta, en un lecho de brumas grises. Comtempló durante un rato aquellas nubes blancas que parecían descansar su abultado vientre negro sobre los tejados de la calleja. Y pensó si llovería. En aquel momento, una vecina de enfrente salió a recoger un pantalón azul que colgaba, aún pesado, de un cordel. Y supo entonces que iba a llover. Porque, pensó, cuando las mujeres retiran las ropas aún húmedas es que se acerca la lluvia.

—¡Buenos días, Monsieur Larou! Nos va a llover —gritó la vecina, apuntando al cielo.

Monsieur Larou asintió con gesto resignado. Y cerró la ventana.

Monsieur Larou era un hombre de pocas palabras. Sus labios, la mayoría de las veces, permanecían inudos. Y unos pequeños movimientos y gestos solían dar voz a su silencio. Algunos opinaban que era raro y extravagante. Pero monsieur Larou no era ni raro ni extravagante. Era, sí, callado... abstraído...; era pintor. Pintaba pequeños cuadros de tipo impresionista que vendía baratos y le daban para seguir viviendo en su reducida buhardilla. Veinte años atrás —contaba entonces cincuenta— habíale ofrecido el condiciado empleo de restaurador en el Museo del Louvre; pero él se había negado a «acarpetarse» entre paredes y prefirió seguir viviendo libre, según su sentir, bohemio, y deambular con su caballete y sus pinturas bajo el brazo, por las callejas y plazas de París. Cuando monsieur Larou recordaba esto, se le inflaba de satisfacción el pecho y se acariciaba con orgullo meloso su pequeña barba blanca. Pero también sentía muy dentro, una nostalgia con resabios de pena y, a la vez, de envidia. Y entonces, le entraban unas ganas enormes de pintar algo grande, de vaciar su arte en una obra gigante. Más de una vez se había devanado los sesos pensando el tema que habría de plasmar en aquel gran lienzo. Cualquier tema, pensaba, es grande para un buen artista. Y nunca se decidía por ninguno.

Ahora, sentado en su camastro, con el rostro oculto en el cuenco de sus manos, monsieur Larou también pensaba en su obra. La verdad es que a veces le molestaba. Y ahora le molestó. Se levantó. Miró a través del cristal de la ventana. Había empezado a llover. Ya no podía salir a pintar. Y se puso a dar vueltas, con las manos hundidas en los bolsillos de su larga blusa. Se detuvo frente a un retrato. Y sopló fuerte para levantar el polvo que lo cubría. Se volvió. Y contempló durante un rato la buhardilla. Las paredes estaban sucias y abultadas por la humedad. Un polvillo mohoso velaba muchos de los cuadros que colgaban a lo largo de ellas. Y en una esquina una araña se columpiaba en el aire. La miró.

«MONSIEUR LAROU»

Por ANGEL MARIA TORRECILLA

¿Para qué iba a tirarla? No era fea del todo la araña con sus patas gibosas y su gorda cabezota de felpa. Y además, pensó que, en cierto modo, se pare-

cía a él, que también, desde lo alto de su buhardilla, se balanceaba de aquí para allá, a lo largo del inmenso París, agarrado a sus pequeños cuadros. Y le agradó aquella tranquila sociedad y aquel desorden silencioso. Mas sintió frío ante tanta soledad hueca. Encendió con unas ramitas secas la pequeña estufa que parecía encogerse aterida en un rincón. Y, sacando del interior de su baúl un paquetito, preparó un poquito de té. A monsieur Larou le gustaba tomar una taza de té por las mañanas y otra un poco antes de acostarse. Tenía muy mala memoria. Incluso más de una vez se le había olvidado bajar a cenar. Y había obligado a monsieur Valoire, el posadero, a esperarle en vano hasta muy avanzada la noche. Pero a monsieur Larou nunca se le olvidaba tomar su taza de té ni comprar un paquetito del mismo cuando veía que se le acababa.

Sentado sobre el baúl lo tomaba ahora ruidosamente, a pequeños sorbos. Y mientras dejaba que se fuera enfriando, comtemplaba, abstraído, aquel vaho caliente que huía de la taza y se transformaba en blancas figuritas, que bailaban, corrían y se escondían. Entornó los ojos y le pareció que aquellas figuritas de volutas blancas se iban alargando, estirizando más y más, que tomaban color y formaban un grupo fúnebre de tristes figuras de caras estrechas, dentro de un fantástico lienzo. Luego las figuras se fueron acortando, los colores alegrándose con tintes de rosas, en los rostros de unas niñas de largos y acampados, vestidos. Y por fin, los colores se agrisaron, desaparecieron las figuras y vio un gran lienzo blanco, todo blanco. Parpadeó con fuerza. El vaho seguía subiendo menos blanco, más lento. Y apuró de un largo sorbo el té.

Monsieur Larou contemplaba, aun absorto, la taza vacía pensando en lo que acababa de ver. Los dos cuadros los conocía. Era del Greco y de Velázquez. Pero el lienzo en blanco... Dos golpecitos en la puerta lo espabilaron. Se levantó y la abrió.

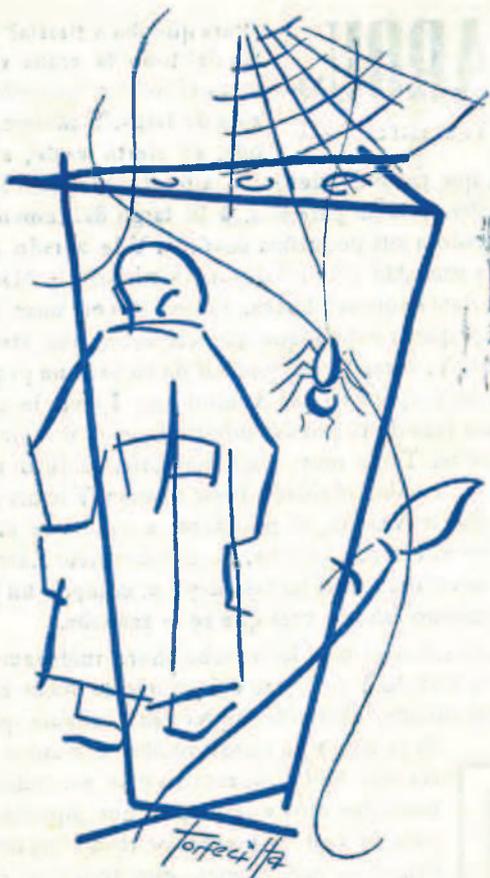
—¡Buenos días, monsieur Larou! ¿Puedo pasar? —exclamó un niño de rubios cabellos.

—Sí, Joli, pasa —respondió monsieur Larou, sonriente.

Jean, que así se llamaba el muchacho, y a quien monsieur Larou conocía, desde muy pequeño, por Joli —era bello y risueño como un ángel de Murillo—, vivía en el piso inferior de la misma casa. Y siempre que monsieur Larou no salía, Joli subía a la buhardilla. Monsieur Larou le quería mucho. Le encantaba su candidez ingenua y su inocente conversación. Y jugaba y hablaba, hablaba mucho con el pequeño. A veces le dejaba un pedazo de carbón para que también hiciera sus monigotes.



ANGEL MARIA TORRECILLA ARRUEBARRENA —hijo de nuestro querido amigo y colaborador, don Melchor, corresponsal en Rentería del diario «La Voz de España»— es un renteriano de 24 años, soltero y empleado burocrático del Ayuntamiento de la Villa. Dibujante y pintor, discípulo de Ascensio Martiarena, ganó dos años consecutivos (1957-58) el concurso de portadas del Programa Oficial de las Fiestas de la Magdalena. Este año ha ganado igualmente, en competición con otros notables artistas, el de portadas del Programa de las Fiestas de San Marcial, de Irún. Y el dibujo premiado ha sido utilizado igualmente para los carteles murales de las referidas fiestas. Incansable y cultivado lector, siente una grande e íntima devoción literaria, consecuencia de la cual es este cuento «MONSIEUR LAROU», primer ensayo literario serio del joven Torrecilla, a quien felicitamos efusivamente por todos sus triunfos artísticos.



Y en una esquina una araña se columpiaba en el aire...
(Dibujo del propio autor).

Y entonces Joli bajaba todo sucio a casa y su madre le prohibía subir otra vez.

Aquella mañana, Joli, al oír el rumor de la lluvia, se había levantado pronto. Sabía que monsieur Larou no saldría a pintar. Y con unos papeles en la mano subió corriendo a la buhardilla. Joli alargó los papeles a monsieur Larou.

—Mire, monsieur Larou, qué dibujos he hecho. Son para la Navidad, ¿sabe? Como no tengo figuritas, los pegaré en la pared de mi cuarto y haré un nacimiento. ¿Verdad que están bien?

Monsieur Larou contempló los papeles. Y estuvo a punto de lanzar una carcajada. Pero, todo serio, le respondió que estaban muy bien. Joli sonrió satisfecho.

—¿Usted no hace nada, monsieur Larou, para la Navidad? Es ya dentro de diez días. Me lo acaba de decir mi mamá.

Monsieur Larou no le contestó. Y se acercó a la cabecera de su camastro. Miró el taco del calendario que colgaba de la pared. Los días se habían parado en una fecha cual-

quiera: 3 de diciembre. Y arrancó las hojas hasta el 14. Pero, tal vez, pensó, llegaría la Navidad, sin que su calendario se lo advirtiera. Y deshojó los días hasta la Nochebuena. Contempló con ojos de entornada meditación la fecha. Hacía mucho que no se preocupaba por la Navidad. Tal vez desde pequeño, pensó. Entonces, también él, al igual que Joli, esperaba con ilusión ese día. Y preparaba un nacimiento con montañas de musgo, riachuelos de papel de plata y veredas de serrín, que llegaban hasta el Portal. Pero ahora... Y siguió pensando. No sabía exactamente por qué razón lo hacía, pero siguió. Y pensó que todos se alegraban cuando llegaba la Nochebuena. Y que adornaban sus casas con luces de colores y escarchas luminosas. Y que Joli también estaba contento y había hecho sus dibujos. Le parecía oír de nuevo, como en un eco lejano, con palabra de silencio, su voz candorosa: «Y usted, monsieur Larou, ¿no hace nada para la Navidad?» La mirada de monsieur Larou, perdida a lo lejos, entre viejos recuerdos, volvió lentamente a la buhardilla, al calendario. Abrió los ojos, muy anchos de alegría. Quiso decir algo. Pero sus labios se torcieron, mudos en una mueca rota, nerviosa. Estaba emocionado. Se había decidido ya definitivamente por el tema. E iba a pintar aquel gran cuadro con el que tantas veces había soñado a lo largo de su vida. El motivo sería puramente navideño. Representaría la Navidad del Señor. Así, en adelante, él también tendría su nacimiento, un hermoso nacimiento hecho, por fin, color en un gran lienzo blanco, todo blanco. Dio un pequeño brinco de contento. Corrió hasta Joli y le dio un fuerte beso. Era la primera vez que lo hacía. Y el niño le preguntó si le besaba porque se acercaba la Navidad. A monsieur Larou le saltaron dos lágrimas. Y le contestó que sí, que era por la Navidad.

(Primer premio en el concurso literario organizado por la S. D. C. «Ereintza»).

(Foto, Figurski - Rentería)

Eléctricas «ALZA»

Instalaciones - Reparaciones Electromecánicas
Bobinado de Motores - Aparatos
Electrodomésticos - Afeitadoras, etc.
Ventas en general en Contado y Plazos

Amasas, 3 - Teléfono 5-56-03 - RENTERIA



ARANA, S. A.

Fábrica de motores de velocidad regulable para toda la industria en general

RENERIA (Guipúzcoa)

Teléfono 5-54-47

Apartado 30

Telegramas: ARACIA